

BREVE HISTORIA de...

NAPOLEÓN

Juan Granados



Descubra la historia de un genio de la guerra, sol de su pueblo y déspota de Europa, la apasionante vida del constructor de la contemporaneidad. La biografía imprescindible del hombre más brillante y contradictorio de su época

Breve historia de Napoléon

Breve historia de Napoléon

Juan Granados



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Napoleón

Autor: © Juan Granados

Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN edición impresa: 978-84-9967-465-0

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-466-7

ISBN edición digital: 978-84-9967-467-4

Fecha de edición: Febrero 2013

Maquetación: www.taskforsome.com

No pido amor ni fidelidad eternos, únicamente... la verdad, una franqueza ilimitada. El día que me digas «te amo menos» será el último día de mi amor o el último de mi vida.

Napoleón a Josefina

Prólogo

Introducción

1. El joven Bonaparte

¿A qué huele Córcega?

Brienne: Plutarco y las matemáticas

Saint-Cyr. «Como el granito abrasado por un volcán»

La particular Revolución de Bonaparte

Cuando Napoleón encontró a Désirée

El hombre ante su destino: el sitio de Tolón

2. El general Bonaparte al servicio de la Revolución

Napoleón en entredicho

El general vendimiario

Josefina de Beauharnais

Italia: veloz como el pensamiento

Un ejército de ciudadanos

Tras la victoria

3. Guerra y ciencia en Egipto

Miembro del Instituto de Francia

Tras los pasos de Alejandro

Bournaberdis Bey

La misión científica

Bonaparte en Tierra Santa

Con Francia en el ánimo

4. El primer cónsul

Conspirando contra el Directorio

El 18 de brumario, el «dios del día» hablando para los mamelucos...

La Constitución del año VIII

El primer cónsul, Napoleón, aplicado al gobierno

Pólvora contra el cónsul

«Tendréis vuestros sacerdotes»

Las glorias de Marengo

La guerra no buscada

5. La eclosión del Imperio

Emperador de los franceses

«Una plancha de madera forrada de terciopelo»

La campaña de 1805 (I), fracaso en el mar

La campaña de 1805 (II), gloria en el continente

La guerra prusiana

La forja del Imperio

Tiempos felices. María Walewska y el encuentro de Tilsit

6. La estrella se apaga

1808, el punto de inflexión

El laberinto ibérico

La cuestión portuguesa

José I Bonaparte, rey de España

Entrevista en Erfurt y nueva guerra con Austria

En busca de un heredero

La ratonera rusa

Una retirada infernal

7. Años de derrota y exilio

«Sólo el general Bonaparte puede salvar ahora al emperador
Bonaparte»

La guerra en casa

La abdicación

El «imperio» de Elba

Los cien días

Waterloo

La abdicación como única salida

Santa Elena, el último acto

Bibliografía

Cronología

Prólogo

Un historiador no es un anticuario, ni un coleccionista, ni un curioso. El historiador busca explicaciones, experimenta con el comportamiento del ser humano, quiere ante todo «la verdad». Analiza todas las piezas en que la descompone y luego intenta, con todos los medios de expresión, reconstruirla de manera coherente y –lo más difícil– divulgarla, hacerla comprensible a todos. Por eso, al historiador le agrada encontrar al narrador, al buen narrador de historia –y de historias– que es Juan Granados.

Estoy seguro de que si me hubieran puesto delante una biografía de Napoleón escrita por algún colega universitario bendecido por la oportunidad de publicar, la hubiera leído en diagonal, buscando los puntos calientes del debate historiográfico, interesado por la opinión de mi sesudo y afortunado compañero en cada uno de ellos. Pero cuando Juan Granados me puso ante su Napoleón, no pude dejar de leer, atraído por su capacidad para narrar, mientras me iba dando cuenta de la deformación que mi profesión de historiador me había producido a lo largo de los años. Lo que estaba leyendo era un discurso coherente, narrado con intensidad, objetivo y nada escoliado –ni tirios, ni troyanos–, en definitiva, una propuesta de entender la vida de Napoleón desde todos los «yo» posibles en la vida de un hombre. Y presentado con una fuerza narrativa propia de quien se ha enfrentado a los retos de la novela y también a la historia académica. Pues ambas facetas reúne Juan Granados: autor de varios libros y artículos científicos y de una *Breve historia de los Borbones* (Nowtilus, 2010), pero también de novelas tan importantes como *Sartine y el caballero del*

punto fijo (Edhasa, 2003) o *Sartine y la guerra de los guaraníes* (Edhasa, 2010), absolutamente recomendables.

Granados ha sometido a Napoleón a una visión dialéctica a la manera de Pierre Bordieu, según la cual el personaje es el producto de una tensión –ya en su infancia y juventud– entre posiciones «en contra» y «a favor», de las que, por su condición, ha de sacar provecho indistintamente. Napoleón desea la independencia de su patria chica, pero es Francia la que le ofrece un destino –a él y a su familia–; se apasiona con la revolución, pero es militar y debe reprimir los excesos; puede estar próximo a Robespierre, pero no cae con los tiranos, de los que se aparta cuando conviene. Hay que empujarle para que dé el golpe de Estado contra la legalidad republicana, pero luego sabe poner ese «en contra» a favor y hacerse nombrar primer cónsul y luego, cónsul vitalicio y luego, emperador. ¿Contra todo lo que había pensado? No. A favor de lo que para él siempre era nuevo. El «contra» ya era sólo pasado en el que parecía tener todo a favor.

A partir de ahí, Granados se hace aún más narrador, pues lo que viene es un río desbordado que entierra sueños, destruye vidas y pone al personaje ante el espejo: toda obra humana es efímera o por decirlo en palabras del gran Calderón: «¿Por qué queréis que sueñe grandezas que ha de destruir el tiempo?». Ahora, el escritor le exige a Napoleón la verdad. Y Napoleón habla más que nunca, pues necesita justificarse... ante la historia. Todos le han traicionado. Sus ideas no han sido comprendidas. Debía haber jubilado a sus mariscales: son demasiado viejos para entender algo tan joven como la revolución. Pues, al fin, cuando se ve impelido a salir de Elba y gozar de sus últimos cien días «revolucionarios», lo que añora es aquella vieja tensión entre su pasado de restaurador del respeto a su familia «noble» italiana, mantenido hasta el fin por su madre –y por ese «olor de Córcega», feliz hallazgo literario de Granados–, y la visión clara de un futuro que ya no será nunca lo que fue, pues él ha roto todos los puentes entre la vieja y la nueva sociedad. Él, que quería llegar a la India, nunca pensó, sin embargo, en una «Europa napoleónica», que es la que ahora, cuando todo había acabado, le pedía cuentas.

Todas estas emociones se las producirá a usted –co-mo a mí– este narrador ya curtido, que tiene en su zurrón libros de historia, novelas y novelas históricas, y que sigue en la brecha de unir pasado y presente sin tópicos y «presentismos», pues en definitiva, lo que necesitamos –y le exigimos– es la verdad por delante y una bella manera de contarla.

José Luis Gómez Urdáñez Catedrático de Historia. Universidad de La Rioja

Introducción

¿Por qué otra biografía de Napoleón? Esta es tal vez la primera pregunta que podría plantearse el lector de esta obra. Independientemente del hecho de que para cualquier historiador que ame su oficio repensar la figura del corso universal es un verdadero privilegio y casi ejercicio obligado, bien es cierto que los presupuestos editoriales que han permitido que este proyecto vea la luz son bastante más concretos.

Así, podríamos comenzar exponiendo aquí ciertas convicciones que nos han llevado a afrontar la obra que lees. A menudo la historiografía sobre Napoleón Bonaparte, con ser amplia y valiosísima, ha pecado de cierta linealidad al centrarse fundamentalmente en los hechos puramente políticos, permitiendo sólo espacios residuales para otros aspectos que pudiendo parecer meramente anecdóticos son muy del gusto del público lector e informan excelentemente de toda una época. Dentro de esta concepción divulgativa, nuestra historia de Napoleón no quiere olvidarse, por ejemplo, de su complejísima historia clínica, de sus juicios sobre la historia y sus contemporáneos y tampoco de sus secretos de alcoba.

De este modo, congraciar la divulgación rigurosa con el rescate del anecdotario olvidado de Napoleón, que en muchos casos duerme bajo el polvo que acumulan las crónicas decimonónicas, en desuso por la historiografía desde hace lustros, ha sido nuestra principal preocupación a la hora de planificar una obra de estas características. Por esta razón, hemos ido imbricando en cada capítulo lo público y lo privado, los hechos relevantes y la historia menuda. El

conjunto de dos realidades a veces sorprendentemente diferentes, en la búsqueda de ciertas claves que nos sirviesen para explicar, por ejemplo, los secretos del ascenso de la estrella de un humilde oficial de provincias, su concepción del Estado francés y el nuevo orden que dictó para Europa, que en parte no pequeña aún pervive, junto a sus curiosas historias de alcoba, cortejando a damas de extracción e intereses tan divergentes como Désirée Clary, Josefina de Beauharnais, María Walewska, la inaccesible madame Récamier o la emperatriz María Luisa, o los detalles con pinceladas trágicas de sus últimos años en Santa Elena, donde murió, para unos, de puro agotamiento o envenenado con el cruel arsénico para otros.

Hemos querido también acercarnos a facetas muy significativas del carácter de un emperador que nunca dejó de ser del todo aquel «pequeño corso» atrabiliario, incapaz en el fondo de saber vestirse correctamente para la ocasión de su propia coronación, donde, según Stendhal, se dice que lucía «un manto perteneciente a la dinastía de los Valois, una corona de laurel, el cetro de Carlomagno y las sandalias de un revolucionario»; el aliño indumentario de un provinciano, naturalmente. No hemos querido que faltase en este ensayo histórico sobre Bonaparte el análisis de su faceta de visionario, de hombre de Estado, capaz de dictar un código civil que aún resulta ser la base de todos los que le siguieron después, o imaginar setenta años antes las unificaciones de Alemania e Italia, cuando nadie más que él en Europa era capaz de suponer algo así. Tampoco la de hombre pragmático, hijo de la Revolución y, a la vez, consciente de sus excesos y hasta cursilerías, como aquello de la «Diosa Razón» o los estafalarios nombres otorgados a los meses del nuevo calendario; de ahí aquella célebre conclusión, ejemplo evidente de su fino utilitarismo político, al establecer el concordato con el papa de Roma: «Una nación debe tener una religión, y esta religión debe hallarse bajo el control del Gobierno». Afirmaciones como estas fueron, seguramente, las que inclinarían un siglo después aquella célebre opinión de André Malraux en su *Les chênes qu'on abat* tantas veces reproducida: «Tenía la necesidad de transformar la confusión en orden, como todos los hombres de la Historia que no son personajes de opereta».

En suma, hemos querido dibujar un retrato que se acerque en todo lo posible a la fidelidad de los hechos protagonizados por aquel hombre que, en palabras de Victor Hugo en su discurso a la Academia Francesa de 1841:

Fue una estrella para su pueblo y acabó convirtiéndose en su sol. No es de extrañar que la gente se dejara deslumbrar por él. A todos aquellos que se le enfrentaron, quizá no les resultara tan fácil defender su propio castillo frente a ese conquistador irresistible... Tenemos que comprender, por un lado, el entusiasmo y, por otro, la resistencia, porque ambos extremos fueron legítimos.

Y, con todo, siempre nos quedaremos cortos; al fin, ya dejó dicho Goethe, «la historia de Napoleón produce una sensación semejante a la del Apocalipsis de San Juan. Todos sentimos como si debiese haber en ella algo más; pero no sabemos el qué».

Juan Granados

El joven Bonaparte

¿A QUÉ HUELE CÓRCEGA?

Uno de los primeros mitos sobre Napoleón es aquel que considera al «pequeño cabo» un arribista provinciano con fortuna. Nada más alejado de la realidad. Napoleón Bonaparte nació en el seno de una poderosa familia corsa de florido pasado, que nada tenía que ver con la procedencia algo rústica que deseaban achacarle despectivamente sus detractores. En realidad, su padre, Carlo Buonaparte –luego Bonaparte, cuando necesitó parecer algo más francés de lo que era–, procedía de un linaje inscrito en el libro de oro de Bolonia y tenido por casa patricia en Florencia. Por si cupiese alguna duda, la misma etimología italiana de su apellido significa literalmente ‘buen partido’, no porque sus herederos gozasen de amplia fortuna, que a menudo también, sino porque el apelativo ‘buen partido’ servía desde el siglo XII para identificar a los hombres del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, llamados «gibelinos», en permanente batalla con los «güelfos», fieles al papado. Ambas facciones protagonizaron en suelo italiano aquella singular disputa entre los dos poderes universales que pugnaban por el *Dominium Mundi*.

Así, un Hugo, antecesor de todos los Buonaparte, aparece mencionado en 1122 combatiendo junto al duque de Suabia, Federico el Tuerto, para hacerse

con la Toscana. A resultas de aquellas victorias, un sobrino suyo adoptó por primera vez el apellido, estableciéndose como miembro del consejo que gobernaba Florencia. Cuando los gibelinos perdieron el poder en la ciudad, los Buonaparte se exiliaron a la villa genovesa de Sarzana. Parece que su asiento en la costa ligur resultó bastante más estable, pues el linaje no llega a Córcega hasta que, en pleno siglo XVI, Francesco Buonaparte recala en la isla formando parte de la expedición genovesa destinada a colonizarla. Desde entonces, los Buonaparte, especializados en la abogacía, medraron convenientemente en diversas poblaciones corsas como Talavo y Bocognano a la sombra del poder local, del que siempre formaron parte, manteniendo su propio clan o *pieve* corso.



Carlo Bonaparte o Buonaparte (1746-1785), padre de Napoleón. A pesar de haber vivido tan sólo treinta y nueve años, logró sentar las bases de la prosperidad de una dilatada familia. Optó por el bando francés y de este modo propició la carrera de Napoleón en el ejército, becado por Luis XVI.

De este modo, Carlo Bonaparte, padre de Napoleón, será un miembro muy apreciado de la comunidad corsa cuya discreta fortuna le permitiría cursar estudios en Pisa y Roma. Carlo, al que el panegirista de Napoleón, y su contemporáneo, monsieur de Morbins, describe como «buena persona, de elocuencia viva y natural y de muy buena comprensión», era un patriota, íntimo amigo de Pasquale Paoli, líder indiscutible de la resistencia corsa frente a la dominación genovesa. Juntos lucharían contra los usurpadores de la libertad de los corsos, contribuyendo a expulsar a los genoveses de la isla. Ya por entonces acompañaba a Carlo en sus cabalgadas la valiente Letizia Ramolino, su esposa, descendiente de los condes de Collalto e hija del gobernador militar de Ajaccio. Descrita como una mujer devota, muy frágil y de pequeña talla, apenas metro cincuenta de estatura, Letizia llegó a ser considerada una de las más valientes y gallardas damas de su tiempo. La joven pareja, tras su boda en 1764, se instaló en la capital, ocupando la mansión familiar de los Buonaparte en la vía Malerba.

Cuando Carlo Buonaparte quiso conocer a Pasquale Paoli en su fortaleza de Corte, tenía tan sólo veinte años, frente a los cuarenta y uno de su admirado mentor. La edad no fue distancia para ellos; Paoli, tan patriota como revolucionario, empeñado en dotar a su pueblo de una constitución, enseguida le otorgó su confianza al joven Buonaparte, encomendándole la difícil misión de interceder ante el papa a favor de la independencia de Córcega. Carlo demostró bien pronto su capacidad diplomática, obteniendo de Roma el compromiso de no implicarse a favor de los genoveses. Parecía que los independentistas habían triunfado; Paoli pudo proclamar la constitución y comenzar su presidencia gobernando con mesura y sentido común, iniciando una ambiciosa política de construcción de caminos, eliminando el bandolerismo y llegando a fundar una modesta universidad. Pero los genoveses actuaron con astucia y, viendo todo perdido, firmaron en Versalles la venta de la isla a la Francia de Luis XV. Así, a partir del 15 de mayo de 1768, Córcega fue oficialmente francesa, mientras Pasquale Paoli y sus patriotas se preparaban para una nueva resistencia al grito de «libertad o muerte».



Letizia Ramolino (1750-1836), esposa de Carlo Bonaparte y madre de Napoleón. A pesar de su aparente fragilidad, supo mantener a su amplia familia unida frente a toda contingencia. Óleo fechado en 1713, obra de [Robert Lefèvre](#) (1755-1830). Museo Napoleónico de Roma.

Luis XV tardó bien poco en reclamar sus derechos. En agosto de 1768 una poderosa escuadra francesa desembarcó un ejército de diez mil soldados en Bastia, en el extremo de la isla opuesto a Ajaccio. Sin dudarle un instante, Carlo Buonaparte, acompañado nuevamente de la animosa Letizia, marchó a las agrestes montañas del interior de la isla para reunirse con su admirado líder Paoli. Las tropas de la resistencia no se podían comparar ni en número ni en equipamiento a las francesas, pero contaban con el dominio de la difícil

orografía corsa y aplicando la guerra de desgaste consiguieron derrotar al contingente francés mandado por el general Bernard-Louis Chauvelin, haciendo además quinientos prisioneros.

De poco sirvió aquel heroico esfuerzo, Francia no estaba dispuesta a abandonar la presa y regresó al año siguiente con un ejército de veintidós mil hombres, al mando del experto y eficaz conde de Vaux. Carlo y Letizia, con su primer hijo Giuseppe a cuestas, se vieron obligados a dirigirse a los refugios del monte Rotondo, el más alto de la isla, para unirse a la batalla. Nuevamente lucharon los corsos con valor, pero esta vez el enemigo era demasiado numeroso, de tal modo que el 9 de mayo los patriotas fueron definitivamente derrotados en la batalla de Ponte Nuovo. El conde de Vaux actuó con mucha sagacidad al permitir exiliarse a Inglaterra a Paoli, en tanto ofrecía la amnistía a todos aquellos corsos que marchasen pacíficamente a sus casas. Carlo Buonaparte, como uno de los principales lugartenientes de Paoli, vivió su personal tormenta interior, debatiéndose entre su deseo de seguir a Pasquale Paoli en el exilio y la certeza de que a su familia le iría mejor permaneciendo en su patria. Optó por lo último, no sin antes despedir afablemente a su mentor en el puerto de Bastia, donde este se embarcaría en un buque de guerra inglés junto a otros trescientos cuarenta corsos que preferían el exilio antes que el dominio francés.



Pasquale Paoli ([Morosaglia, 1725-Londres, 1807](#)), líder incontestado de la insurgencia corsa, aún hoy venerado por sus compatriotas. Para Napoleón fue siempre un espejo en el que reflejarse, aunque paradójicamente el enfrentamiento de ambas familias condujo a los Bonaparte al exilio marsellés. Retrato de [Richard Cosway](#).

Carlo Buonaparte y Letizia Ramolino regresaron a Ajaccio. El tiempo confirmaría que la elección había sido acertada. Por entonces, Letizia estaba ya embarazada de su segundo hijo; la pareja había tenido otros dos antes de Giuseppe, pero los habían perdido y, mientras Carlo se integraba muy rápidamente en la nueva Administración francesa, como asesor legal del juez del distrito de Ajaccio, la madre de Napoleón regresó a la vida tranquila de la capital y a sus rutinas religiosas. Un 15 de agosto de 1769, día de la Asunción de María, decidió acudir, como tantas veces, a misa en la catedral. Allí mismo sintió las primeras señales de parto. Con la ayuda de su cuñada Geltruda Paravicini pudo dar los pocos pasos que la separaban de su villa, pero le resultó imposible ya subir a la primera planta. Napoleón nació aquel mismo día sobre una alfombra del vestíbulo de los Buonaparte. El que sería emperador de los franceses vio la luz en Córcega, como súbdito del rey de Francia casi por

casualidad; tan sólo unos meses antes no habría sido francés. Incluso si su padre se hubiese decidido a seguir los pasos de su líder natural, Paoli, el que llegaría a ser martillo de Inglaterra bien hubiese podido nacer en Londres. Significativamente, sus padres quisieron llamarle Napoleón, nombre de uno de los tíos de Letizia que había combatido a los franceses y acababa de fallecer. Luego vendrían seis hijos más: Luciano, Jerónimo, Luis, Carolina, Elisa y Paulina. Los Buonaparte habían conformado una gran familia que había que mantener, así que no resulta extraño que Carlo Buonaparte hiciese todo cuanto estaba en su mano para hacer olvidar su pasado, abrazando el bando francés. En esto ayudó mucho la belleza natural de Letizia Ramolino, que, al igual que había ocurrido antes con el mismo Paoli, el cual adoraba jugar a los naipes con ella, gozaba de la admiración del septuagenario general Louis Charles Rene, conde de Marbeuf y virtual gobernador de la isla, quien según Stendhal «le hacía la corte al estilo italiano».

La amistad con Marbeuf resultó muy útil a la familia. Gracias a su influencia, Carlo Buonaparte, ya Bonaparte, fue reconocido como noble, cosa que ya era, y en 1779 fue llamado a París como diputado por Córcega, confirmando así su plena integración en la Administración francesa. Es más, fue el propio Marbeuf, a través de su sobrino el arzobispo de Lyon, responsable de otorgar las subvenciones reales, quien consiguió que dos de los hijos de Carlo Bonaparte fuesen becados para estudiar en el continente, disfrutando de las ayudas que el rey concedía a la nobleza empobrecida. José, en razón de su carácter pausado y retraído, fue destinado al seminario de Autum a fin de iniciar la carrera religiosa y Napoleón, luchador y animoso desde la primera infancia, a la escuela militar de Brienne para comenzar su temprana formación como oficial del ejército. Napoleón se hacía definitivamente francés, sí, pero nunca olvidaría el olor de Córcega, su patria. Córcega, nos dice el literato e historiador francés Max Gallo, olía a mar, a la fragancia de los pinos, a lentisco, a madroño y a mirto, también a vendetta, orgullo y revolución, Paoli y su ejemplo permanecerían por siempre en su memoria, no menos que los textos de Plutarco, a quien Paoli citaba cada vez que le venía al paso.



Cuenta la tradición que Letizia Bonaparte regresaba de oír misa en la catedral de Santa María de la Asunción en Ajaccio, como cada domingo, cuando le asaltaron los dolores del parto. Napoleón nacería sobre una alfombra del vestíbulo de la casa de sus padres.

BRIENNE: PLUTARCO Y LAS MATEMÁTICAS

La academia de Brienne, situada en la región de Champaña, era tenida por una de las mejores instituciones de formación militar de Francia. Fundada tan sólo dos años antes de la llegada de Napoleón en 1779, la academia real estaba administrada por los franciscanos, antiguos propietarios del colegio, bajo la dirección del fraile Louis Berton, tan hosco como pomposo. La vida allí era austera y la disciplina muy estricta. La cincuentena de alumnos se agrupaba en sobrias habitaciones de diez ocupantes, que se levantaban a las seis de la mañana y se echaban a dormir a las diez de la noche tras una febril actividad. Durante aquellas largas jornadas, el joven corso fue instruido en todo aquello que de cerca o de lejos tenía, a ojos de los frailes, relevancia e interés para un futuro oficial del ejército del rey: latín, historia, geografía, matemáticas y física

por la mañana, y esgrima, baile, gimnasia, música, alemán y algo de inglés por la tarde. En medio había tiempo para el dibujo y el estudio de las técnicas de fortificación; también, obviamente, para la asistencia a misa y algún medido período de asueto.



Recreación popular de una imagen del joven Bonaparte en la academia militar de Brienne. Allí fue objeto de las burlas de sus compañeros por su origen corso y por ser considerado un pobre becario. Nada de esto le arredraba; ya en la niñez, Napoleón era todo determinación y consciencia de su propia valía, como refleja el texto de una carta dirigida a su padre desde Brienne el 6 de abril de 1783: «¡Padre mío, si vos, o mis protectores, no me dais medios de sostenerme más honorablemente, llamadme cerca de vos, estoy cansado de exhibirme en la indigencia y de ver sonreír por ello a alumnos insolentes, quienes no tienen más que su fortuna sobre mí, ya que no hay uno que no esté a cien picas por debajo de los nobles sentimientos que me animan!». (A continuación, la reproducción de la carta citada).

« Brienne, 6 avril 1783.

- Mon père, si vous, ou mes protecteurs ne me donnent pas des moyens de me soutenir plus honorablement, rappelez-moi près de vous, je suis las d'afficher l'indigence et d'en voir sourire d'insolents écoliers, qui n'ont que leur fortune au-dessus de moi, car il n'en est pas un qui ne soit à cent fiquas au-dessous des nobles sentiments qui m'animent !

« Eh ! quoi, Monsieur, votre fils serait continuellement le plastron de quelques nobles patraquets, qui, fiers des plaisirs qu'ils se donnent, insultent en souriant aux privations que j'éprouve ! Non, mon père, non, si la fortune se refuse absolument à l'amélioration de mon sort, arrachez-moi de Brienne : donnez-moi, s'il le faut, un état mécanique ; que je voie des égaux autour de moi, je saurai bientôt être leur supérieur ; à ces offres jugez de mon désespoir ; mais, je le répète, j'aime mieux être le premier d'une fabrique que l'artiste dédaigné d'une académie.

Cette lettre, veuillez le croire, n'est pas dictée par le vain désir de me livrer à des amusements dispendieux, je n'en suis pas du tout épris. S'éprouve seulement le besoin de montrer les moyens que j'ai de me les procurer comme mes camarades.»

Carta que continúa en parecidos términos: «¡Eh! ¡Que, Señor, vuestro hijo sería continuamente el peto de algunos nobles patanes, quienes, orgullosos de los placeres que se dan, insultan sonriendo las privaciones que padezco! No, mi padre, no, si la fortuna se rehúsa absolutamente a la mejoría de mi suerte, arrancadme de Brienne: dadme, si hace falta, un estado mecánico; que yo vea iguales alrededor de mí, sabré pronto ser su superior; por estos ofrecimientos juzgad de mi desesperación; mas, lo repito, prefiero ser el primero de una fábrica que el artista desdenado de una academia. Esta carta, creedlo, no está dictada por el vano deseo de libramme a diversiones dispendiosas, en nada estoy prendado de ellas. Siento solamente la necesidad de mostrar los medios que tengo de procurármelos como mis camaradas».

Las primeras noticias sobre el carácter del futuro emperador de Francia proceden de esta etapa de formación en Brienne. Se le tenía por un muchacho disciplinado y cumplidor, serio y en ocasiones taciturno, pero de ningún modo desagradable o asocial. Napoleón, que contaba tan sólo nueve años, se encontró muy pronto con la realidad del mundo. Aunque provenía de la clase acomodada corsa, en Brienne era un pensionado del Estado en medio de alumnos procedentes de la alta sociedad del continente. Hablaba francés con un profundo acento italiano, de manera que cuando se presentaba por su nombre sonaba algo así como *Napoilloné*, motivo por el cual sus compañeros

comenzaron a conocerle por el sobrenombre de *la paille au nez* ('la paja en la nariz'). No lo tenía desde luego fácil, pero conociendo al personaje, se puede comprender que se sobrepusiera a todo. Tanto le gustaba el estudio de la ingeniería de fortificaciones que muy pronto se hizo con el respeto de sus camaradas, a los que ordenaba atacar o defender los parapetos que ideaba durante los tiempos de recreo. Con menos de diez años comenzó a mandar con el estilo seco y parco en palabras que le caracterizaría de por vida. Ya entonces, todos le seguían, aunque continuaba siendo como una isla, casi inaccesible a los demás.

Existen bastantes registros de aquella época que reflejan cómo se iba formando en el joven Napoleón una personalidad dominante y magnética. En cierta ocasión, un profesor le castigó a usar orejas de burro y cenar arrodillado junto a la puerta del refectorio. Un castigo usual en la academia por el que todos habían pasado sin una mala queja. Pero cuando el maestro observó que el muchacho no se arrodillaba, insistió: «De rodillas, señor». En ese instante, Napoleón enrojeció de ira, golpeó el suelo con los pies y exclamó: «¡Tomaré mi cena de pie, no arrodillado, en mi familia nos arrodillamos sólo ante Dios!». Lo normal en estos casos sería que tal insolencia fuese castigada con una pena aún más severa, pero no ocurrió nada de eso; muy al contrario, intervino Berton, el director, y el castigo le fue levantado.

Paralelamente, el propio Napoleón descubriría con posterioridad cómo alguno de sus mecanismos mentales, el universo de sus concepciones, se fue fraguando en esta etapa. Por ejemplo, en lo que respecta a sus creencias religiosas. No fue un completo ateo, casi nadie lo era en su mundo, pero guardaba serias prevenciones respecto a la religión católica. Sus primeras dudas aparecieron cuando escuchaba un sermón del domingo en la capilla de Brienne. En un determinado momento, el oficiante aseguró que grandes hombres de la Antigüedad como Catón o Julio César ardían con toda seguridad en el infierno, algo que objetivamente no podía comprender, que «los hombres más virtuosos de la Antigüedad [ardieran] en la llamas eternas porque no habían practicado una religión de la cual nada sabían». Desde entonces decidió que la religión en general y el catolicismo en particular no podían tomarse muy en serio, aunque haría buen uso de sus estructuras en el